

LENGUAS E IDENTIDADES EN LOS COMIENZOS DE LA EUROPA MODERNA*

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXII 722 noviembre-diciembre (2006) 000-000 ISSN: 0210-1963

Peter Burke
Universidad de Cambridge

ABSTRACT: *This article is concerned with the relation between language and collective identities. Since 1789, language has been associated more and more closely with national identity. Before the French Revolution, on the other hand, the identities expressed by language were more likely to be religious, regional, occupational or sexual. All the same, a concern with national pride is revealed in early modern treatises in praise of particular vernaculars (Italian, French, Spanish, Portuguese, etc.), while attempts to purify different languages from the "contamination" of foreign words express a form of xenophobia.*

KEYWORDS: *community, identity, language, nation.*

«Habla, así podré verte». Esta era una frase corriente en el Renacimiento, en Inglaterra o Portugal, aparentemente una cita de un autor clásico. Yo la uso para introducir mi libro sobre *Lenguas y comunidades en los comienzos de la Europa moderna*. (*Languages and Communities in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 2004). En el libro subrayo la coexistencia de identidades plurales o múltiples, en otras palabras, el hecho de que un simple individuo podía pertenecer a numerosas comunidades - regionales, religiosas, profesionales y otras- y moverse entre lenguas o variedades de lenguas al trasladarse de una comunidad a otra.

I

Un tema importante del libro es lo que yo llamo el "descubrimiento de la lengua", queriendo decir con esto el interés creciente por parte de escritores y académicos en muchas partes de Europa no sólo en la historia de las lenguas sino también en sus variaciones sociales. Tanto escritores como académicos notaron la existencia de lo que ahora llaman los lingüistas «sociolectos», en otras palabras, peculiaridades del lenguaje asociadas con grupos sociales

RESUMEN: Este artículo trata de la relación entre lengua e identidades colectivas. Desde 1789, la lengua se ha asociado cada vez más estrechamente con la identidad nacional. Por otro lado, antes de la Revolución francesa las identidades expresadas por la lengua tendían más bien a ser identidades religiosas, regionales, ocupacionales o sexuales. También una preocupación por el orgullo nacional se revela en tratados de la modernidad temprana en elogios de particularidades vernáculas (italianas, francesas, españolas, portuguesas, etc.), mientras que los intentos de purificar diferentes lenguas de la "contaminación" de palabras extranjeras expresan una forma de xenofobia.

PALABRAS CLAVE: comunidad, identidad, lengua, nación.

particulares. Estos grupos incluían mendigos y ladrones con sus lenguajes secretos o jergas; campesinos que conservaban formas arcaicas de lenguaje más tiempo que otros grupos; mujeres (especialmente de clase media que ascendían en la escala social); y minorías religiosas como los puritanos ingleses, los hugonotes franceses y los pietistas alemanes. El habla de todos estos grupos les revelaba o "traicionaba" tal como sabemos por el Nuevo Testamento que San Pedro fue identificado como seguidor de Jesús debido a que hablaba el dialecto de Galilea.

Por tomar el ejemplo del género, Erasmo y el impresor humanista francés Geoffroy Tory comentaban acerca de las peculiaridades de la pronunciación de las señoras de París en su tiempo. Erasmo señalaba la sustitución de la s por r, «pronunciando *Maria* como *Masia* y *ma mère* como *ma mèse*». Por su parte, Tory señalaba el reemplazamiento de A por E, como en la frase «mon mery est à la porte de Peris».

Las damas cultas eran un objetivo particular de los satíricos masculinos. Francisco de Quevedo se reía de un tipo social al que llamaba la *hembrilatina*, que llamaba a su marido *mi quotidie* y se refería a *espanto* como *estupor*, a *tristeza* como *mestizia*, a *ignorancias* como *supinidades*,

etc. Una generación más tarde, Molière, en las *Preciosas ridículas* (1659) hizo algo similar con las mujeres intelectuales francesas.

Desviaciones respecto a las normas urbanas, masculinas o de clase alta ofrecían maravillosas oportunidades a escritores y actores. Shakespeare, por ejemplo, se burlaba de los acentos de los galeses, irlandeses, y escoceses. Por otra parte, en la italiana *Commedia dell'arte*, Pantalone habla veneciano, Dottore habla *bolognese* y Capitano habla *napoletano*, pero ninguna figura cómica habla toscano, ya que toscano era la norma.

De manera similar, en España y Portugal durante el siglo XVI, judíos, gitanos, vascos, moros y negros eran representados en el teatro como incapaces de hablar correctamente la lengua vernácula de diferentes maneras. Los gitanos, por ejemplo, reemplazaban 'o' por 'u' y 's' por 'z', como en la frase *Daznuz limuzna pur la amur de Diuz*. Los judíos pronunciaban el diptongo ou como oi (>oiro= por *ouro*, >poico= por *pouco*, etc...). En cuanto al lenguaje de los africanos, lo que los españoles llamaban *guineo* y los portugueses *lingua preta* se encuentra representado por el uso de 'mi' en vez de 'yo' (*mi vem lá*), y por el uso de R en lugar de D o L, de *Rios* ('Dios') al *diabro*.

«En toda lengua», escribió Martin Viziana en su *Libro de alabanças de las lenguas castellana y valenciana*, «hay tres maneras de hablar, las de los escolares, los nobles y el pueblo llano». De manera similar, distinguía Luis de León la lengua de quienes él llamaba *los sabios y los graves* frente a la lengua de *los humildes y simples*.

La discusión de los méritos y deméritos de las diferentes lenguas estuvo ligada a un debate internacional sobre el carácter nacional tanto como a la rivalidad entre las lenguas vernáculas. Así, el humanista italiano Giovanni Pontano declaró que "la grandilocuencia deleita a los españoles, el lenguaje complicado y colorista a los griegos; la conversación de los romanos era grave, la de los espartanos breve y ruda..." (*Magniloquentia delectat Hispanos, fucatus et compositus sermo Graecos, Romanorum gravis fuit oratio, Lacadaemoniorum brevis et horrida*).

La famosa anécdota sobre las habilidades lingüísticas de Carlos V puede decirnos poco sobre el emperador, pero dice mucho acerca de los puntos de vista en la modernidad

temprana sobre las diferentes lenguas. En la primera versión conocida de la anécdota, se asegura que el emperador "acostumbraba a decir que él hablaba en español con su Dios, en italiano con sus cortesanos, en francés con sus señoras y en alemán con su caballo".

El jurista francés Etienne Pasquier describió a los españoles como "creadores de una lengua vernácula orgullosa y ceremoniosa", mientras que "los italianos producían una suave y afeminada". El estudio, famoso en su tiempo, de Carlos García sobre *La antipatía de franceses y españoles* (1617) declaró que *Los franceses ordinariamente hablan mucho y alto, y los españoles siempre hablan poco y bajo*. Otro testimonio más, el jesuita francés Dominique Bouhours hablaba de la gravedad del español y de lo que llamaba la "tosquedad" (*coarseness*) del alemán como síntomas de los caracteres nacionales.

En todos estos casos lo que es registrado y a veces ridiculizado es el lenguaje de los otros. ¿Qué podemos decir acerca del lenguaje propio?

II

Al último Pierre Bourdieu le gustaba mostrar la importancia de las distinciones culturales en la construcción de la identidad, especialmente en la identidad de clase social. Sigmund Freud también analizó lo que llamaba "el narcisismo de las pequeñas diferencias", la exageración de finas distinciones entre el yo y el otro. La lengua ofrece muchos ejemplos de cómo opera este mecanismo.

Tomemos el caso del latín. Antes de la Reforma protestante, el latín servía para distinguir a la iglesia occidental del cristianismo oriental, que empleaba el antiguo eslavo eclesiástico o el griego en la liturgia. Después de la Reforma, el latín se convirtió en lo que los lingüistas llaman "marca" del catolicismo, que servía para distinguir entre católicos y protestantes.

El latín, especialmente el latín clásico o neo-latín, era también la lengua de la comunidad académica, la *respublica litterarum*. Se trataba de una *lingua franca* inestimable pero también podríamos apreciar la importancia simbólica de la lengua como signo de pertenencia a la comunidad

académica. La intelectual francesa Françoise Waquet tenía seguramente razón para titular su reciente historia del latín "l'empire d'un signe".

Las lenguas vernáculas fueron tomadas progresivamente en serio como signos de identidad en esta época. La evidencia nos llega de un nuevo género literario, un tipo de *laudatio*, la alabanza de lo vernáculo. En el siglo XVI, el historiador João de Barros y Pedro de Magalhães de Gândavo escribieron en alabanza del portugués, los humanistas Alessandro Citolini, Sperone Speroni y Leonardo Salviati en favor del italiano, el poeta Joachim Du Bellay, el escritor Jean Tahureau y el académico-pintor Henri Estienne en defensa del francés, el valenciano Martin Viziana en alabanza del español, el matemático Simon Stevin y el escritor Hendrik Spieghel en defensa del holandés, mientras que Jacob Rybinski, profesor en una escuela en Torun y que escribía en latín, salió en defensa del polaco, mientras que el anticuario y poeta Richard Carew apoyaba el inglés.

Los juicios negativos sobre otras lenguas en estos textos son con frecuencia memorables. Erasmo, por ejemplo, describía el francés como una lengua "bárbara" con "sonidos duros... que difícilmente están en el ámbito del habla humana". Barros criticaba lo que llamaba el "*cecear cigana de Sevilla*" también citaba un proverbio para señalar que "los españoles lloran, los italianos gritan y los franceses cantan" (*Espanhaes choram, Italianos uivam, Franceses cantam*).

Es divertido e interesante comparar los diferentes tratamientos en alabanza de una particular lengua vernácula, en que los autores argumentan que el francés, o el flamenco, o el alemán o el sueco es el más rico, más noble y más antiguo de todas las lenguas, el que habían hablado Adán y Eva. Los españoles también se unieron a este debate. Pedro Mexía declaró que *La lengua castellana no tien...porque reconozca ventaja a otra ninguna*. En su *Discurso sobre la lengua castellana* (1585), Ambrosio Morales declaró al español *igual con todas las buenas en propiedad, variedad y lindeza*.

III

Los lazos entre lengua e identidad pueden demostrarse también a partir de los numerosos movimientos para la purificación lingüística, especialmente movimientos en

defensa de un lenguaje dado. El objetivo era defender el territorio lingüístico, defender la comunidad de habla frente al extranjero.

Los movimientos para la purificación lingüística no comenzaron en el siglo XIX, la era del nacionalismo. Son mucho más viejos. El primer ejemplo conocido por mí data de la época helenística, pero es en el siglo XVI cuando estos movimientos se hacen frecuentes. La preocupación con la pureza era fuerte en los comienzos de la Europa moderna -la pureza del cristianismo, *limpieza de sangre*, etc...- pero esta preocupación es particularmente notable en el lenguaje. Los humanistas se preocupaban por la pureza de su latín, ya que esto era un signo de que habían escapado de la oscuridad de lo que ellos fueron los primeros en llamar "Edad Media". La Academia della Crusca se fundó para purificar el italiano. Este era el objetivo de su nombre, separar "el grano de la paja" (*crusca*). La Académie Française se ocupaba entre otras cosas de la purificación del francés.

En un famoso libro de los años sesenta, *Pureza y peligro*, la antropóloga Mary Douglas describió las ideas de limpieza y suciedad como parte de sistemas simbólicos, y trató la purificación como respuesta a un peligro percibido, especialmente la amenaza planteada al orden cultural por cruzar sus límites. Aunque ella no tenía mucho que decir sobre el lenguaje, las ideas de Mary Douglas son extremadamente relevantes en este dominio. Ayudan a explicar la violencia de algunas reacciones contemporáneas a lo que era percibido como invasión de la cultura por palabras extranjeras. En Francia, por ejemplo, el académico-pintor Henry Estienne atacó los italianismos que estaban entrando en el francés. En Inglaterra, el profesor de Cambridge John Cheke argumentó en defensa de lo que llamaba un inglés "limpio y puro", "no mezclado ni mutilado por otras lenguas". Puede ser significativo que ambos eran protestantes ocupados en purificar el cristianismo de lo que ellos llamaban "papismo".

En España, la defensa de la pureza llegó relativamente tarde quizá porque se trataba de un país católico. Aunque Quevedo había escrito en favor de la pureza del español en el siglo XVII, hasta 1713 no fue fundada una Academia Española siguiendo el modelo francés. Paradójicamente la principal razón para esta fundación fue la defensa del español contra la invasión de palabras francesas. En otros

términos, la Academia formaba parte de la estrategia de los Borbones, que usaban métodos franceses para defenderse a sí mismos contra Francia.

Me gustaría sugerir que los factores sociales eran también importantes en la emergencia de un purismo defensivo. En la búsqueda de estos factores puede ser iluminador prestar atención a las metáforas usadas por los contemporáneos cuando discutían problemas lingüísticos.

Un escritor español del siglo XVIII describió una vez sus criterios para aceptar una palabra nueva. Si era *castiza* y *expressiva*, arguía, dos o tres autores clásicos serían suficientes *testigos fidedignos para probar sua nobleza*. En otras palabras, la legitimación de las palabras era comparada a la legitimación de las reclamaciones de status, más concretamente a las prácticas contemporáneas para establecer demandas de nobleza, investigando la familia del reclamante y llamando testigos. Las nuevas palabras eran comparadas con nuevas familias, extraños que debían esperar cierto tiempo para ser aceptados por aquellos que ya están establecidos en el peldaño más elevado de la escala social. En Francia y en Inglaterra se usaba una metáfora un poco distinta, comparando las nuevas palabras con los inmigrantes que desean convertirse en ciudadanos de una ciudad particular.

IV

Me gustaría compartir un último problema con vosotros, y es el problema de la periodización. Escogí escribir un libro sobre Europa desde 1450 a 1789. El año 1450 y su entorno fue escogido debido a la invención y a la difusión de la imprenta, un medio que favorecía la estandarización de las lenguas vernáculas, primero en la escritura, pero a largo plazo también la estandarización del habla.

En cuanto al final del siglo XVIII, se trata de un punto conveniente para finalizar un libro debido a la creciente politización del lenguaje en esta época. Desde 1789 en adelante, los gobiernos en Europa y en otros sitios se involucraron crecientemente con el lenguaje cotidiano de la gente del pueblo. La razón fue seguramente que el lenguaje expresa y ayuda a crear al mismo tiempo comunidades nacionales. Podemos decir que la lengua fue “nacionalizada”

en este tiempo, o que se convirtió en un instrumento del “culto a la nación”.

A partir del siglo XVIII se hace apropiado por primera vez hablar de “políticas lingüísticas” conscientes, que culminaron en la doctrina revolucionaria francesa, según la cual los habitantes de Francia deberían abandonar su *patois* (incluyendo bretón y provenzal) y hablar un correcto francés en orden a llegar a ser una nación. Por primera vez las élites conscientemente trataban de cambiar la manera en que hablaba la gente del pueblo.

La descripción de Johann Gottfried Herder acerca de una nación como una comunidad mantenida unida por la lengua, especialmente la lengua hablada, se ha hecho famosa, al igual que su argumento de que las naciones dominantes habían dirigido no tanto mediante la espada como mediante “el uso de un lenguaje más cultivado”. Johann Gottlieb Fichte llegó incluso más lejos en su igualmente famoso aserto de que “donde se pueda encontrar una lengua independiente, hay también una nación independiente que tiene el derecho a resolver sus asuntos y regirse por sí misma”.

La diversidad lingüística del Imperio de los Habsburgo se convirtió en un peligro, ya que los hablantes de sus diferentes lenguas exigieron primero autonomía lingüística y después también autonomía política. Los primeros años del siglo XIX fue un periodo crucial para la estandarización de numerosas lenguas del centro y del este de Europa gracias a los esfuerzos de académicos y escritores como Jernej Kopitar por Eslovenia, Jan Kollár y Ludovit Stur por Eslovaquia, Vuk Stefanović Karadžić y Milovan Vidaković por Serbia y Ljudevit Gaj por Croacia.

El movimiento por la independencia de Grecia también incluyó intentos de eliminar las palabras extranjeras, especialmente las turcas, y de crear una lengua pura, *katharevousa*. En Alemania, justo después de la unificación nacional se fundó una sociedad, el *Allgemein Deutsche Sprachverein*, para encontrar y reemplazar términos extranjeros que se habían ocultado en la lengua alemana. Este programa lingüístico se acoplaba muy bien a los ideales nazis de *Deutschtum* y purificación cultural. Los nazis apoyaron al comienzo el *Sprachverein*, aunque terminaron la caza de vocablos extranjeros en 1940, después de que un lingüista se atreviera a criticar el lenguaje del *Führer*.

En Francia, por el contrario, fue en la década de 1960 -por primera vez desde Henri Estienne en la década de 1560- cuando encontramos una seria preocupación acerca de la invasión de palabras extranjeras. En 1964, el intelectual René Etiemble lanzó su ataque al inglés en un libro titulado *Parlez-vous franglais?* Etiemble no estaba solo, ya que el general De Gaulle encontró tiempo entre la crisis de Argelia y los sucesos de 1968 para constituir un comité para la defensa de la lengua francesa. La ley Bas-Lauriol (1975) y la ley Toubon (1994) prohibieron el uso de palabras extranjeras en los departamentos del gobierno en los casos en que una palabra nativa aprobada ya contuviera el significado requerido. El término "Le shuttle", por ejemplo, fue prohibido, debido a que Francia ya tenía un término propio, *la navette*.

Una *Délégation générale à la langue française* todavía se reúne para acuñar equivalentes franceses de palabras

importadas. Esta preocupación con la pureza por parte de los franceses podría interpretarse quizá como una reacción a y contra lo que solía llamarse *le défi américain*.

En otras palabras, justo como en el periodo temprano de la modernidad, la lengua es vista comúnmente como una expresión de identidad. «Habla, así podré verte». Lo que ha cambiado desde 1789, sin embargo, es que nosotros hemos visto desarrollarse la preocupación por la identidad nacional a expensas de otras identidades, sean locales, ocupacionales o religiosas. Gran Bretaña puede ser una excepción a esta regla, ya que en Inglaterra al menos el lenguaje, y más específicamente el acento, continúa siendo un importante demarcador de clase social. Un sociólogo que quisiera emular La distinción de Bourdieu, pero escribiese sobre Inglaterra, debería prestar una atención más considerable al lenguaje.

NOTAS

* Versión castellana de José María González García.

Recibido: 20 de junio de 2005

Aceptado: 4 de septiembre de 2006